

Tratamiento espiritual de la Penitencia y Misericordia

Spiritual treatment of Penance and Mercy

Fr. Manuel Romero Jiménez TOR*

Sumario

Este capítulo del *Vademecum* nos hace entrar en los sentimientos de Dios por cada uno de nosotros y en el modo de revelarlo Jesús, el Verbo del Padre. Comenzamos con las parábolas del capítulo 15 de Lucas, parábolas de la misericordia, porque sustentan la experiencia de Francisco de Asís en su encuentro con Cristo. Pasamos, después, por la experiencia de conversión y reconciliación del “poverello”. Y desembocamos en la actualización de las obras de misericordia en nuestra tradición terciaria. Un camino que supone un proceso personal -tu proceso personal- de encuentro con la misericordia de Dios.

Palabras clave: Misericordia, penitencia, perdón, obras de Misericordia.

Abstract

This chapter of the *Vademecum* brings us into the feelings of God for each of us and the way of Jesus, the Word of the Father reveal. We started with the parables of chapter 15 of Luke, parables of mercy because sustain the experience of Francis of Assisi in his encounter with Christ. We passed then the experience of conversion and reconciliation “poverello”. And we end on updating works of mercy in our tertiary tradition. A path is a personal process -your process personally encounter with God’s mercy.

Keywords: Mercy, repentance, forgiveness, mercy works.

Fecha de recepción: 08/05/2016. Fecha de aceptación: 10/07/2016

*Equipo de dinamización. Vida Religiosa-Madrid

De la vida a la parábola y de la parábola a la vida.

1. La misericordia.

El término “misericordia” procede del hebreo “*rahamin*”, que hace referencia a las entrañas maternas donde nace y se gesta la vida, donde se protege al ser y se conmueven criatura y madre. Por lo que aplicado al amor del Dios -Padre de Jesús- le confiere unos rasgos maternos que solemos obviar.

Con este tenor, la mirada de Dios sobre las situaciones de violencia, exclusión, sufrimiento y ruptura de nuestro mundo, posee unos matices de ternura y de regeneración que nos ofrece vivir en esperanza.

Y ahí estamos nosotros; tal y como estamos. Y ahí está Dios; tal y como es. Nosotros, dolidos y asustados y sin saber qué hacer. Y Dios, conmovido por tanta miseria y animando a su Hijo a encontrarnos. Y es que *"para Dios no somos números, somos importantes, es más, somos lo más importante que tiene; aun siendo pecadores, somos lo que más le importa"* (Papa Francisco)¹. No le demos más vueltas, entremos a comprobar ese cuidado e interés de Dios en las parábolas del Maestro.

2. Las parábolas de la misericordia (Lucas 15).

El evangelio de Lucas explica el amor de Dios a través de parábolas que hablan de ovejas, monedas e hijos perdidos. Tres cuentecillos que muestran el corazón de Dios y desenmascaran a aquellos que, creyéndose justos, creían conocerlo. A la vez dan sustento a los gestos de Jesús con personas insignificantes: enfermos, extranjeros, viudas y perdidos.

Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él regularmente para escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Éste acoge a los pecadores y come con ellos (Lc 15, 1).

Lucas dice, en primer lugar, que «todos» los *publicanos* y *pecadores* se acercaban a Jesús, lit. «a él» para oírle. Los publicanos son un grupo profesional, al servicio de Roma, con una identidad simbólica en boca de Jesús; representan a los seres humanos separados de Dios, ligados a

¹ Papa Francisco. *La Iglesia de la Misericordia*. Madrid, San Pablo 2014, p. 15.

los bienes materiales, y desligados de sus contemporáneos. Después, aparecen los *fariseos* y los *escribas* como conjunto simbólico que representan la hostilidad al mensaje de Jesús. Se caracterizan por la murmuración y por querer controlar la Ley y la moralidad del pueblo. Unos y otros son los destinatarios de las parábolas de Lucas. A los primeros se les revela la alegría que el Padre tiene al encontrarlos, y a los segundos se les invita a entrar en la dinámica de la compasión divina. Jesús describe y muestra a Dios como un Padre que jamás se da por vencido hasta que no deshace los nudos del pecado y restaura la vida de los suyos mediante la compasión y la misericordia. Y comienza comparando a los perdidos, a los pecadores, a los enfermos con una oveja que se separa del rebaño y se pierde.

2.1 La oveja perdida (Lc 15, 3-7).

¿Quién de entre vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una sola de ellas no abandona a las noventa y nueve restantes en el desierto y se va a buscar a la perdida hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la sube a sus hombros. Y llegado a casa, invita a los amigos y vecinos diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he encontrado a mi oveja perdida. Os digo que de igual modo habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

La *redacción lucana* muestra la misericordia en términos de salvación y evoca al mundo rural. Cien ovejas componen un rebaño de cierta importancia para cualquier ganadero. El contraste se ofrece al comparar noventa y nueve a una. Esa una se pierde, ¿es preciso abandonarlo todo por ella? -podemos preguntarnos-. Pues parece que sí.

Y "se pierde", se extravía, se despista... La oveja es la que voluntariamente se separa del resto. El verbo pretende despertar -en quien lo oye- una sensación de miedo y una reacción de protección por el pobre animal. Y, posteriormente, justifica la acción del pastor de «abandonar» al resto, dejar lo que estaba haciendo para salir corriendo en su búsqueda; «hasta que la encuentra». Y al descubrirla, es el pastor el que se alegra, la toma en sus manos, se la sube a los hombros y la lleva a casa. La oveja sólo se deja encontrar².

² Según la gramática teológica de Lutero *-justitia passiva-* la oveja es pasiva: en primer lugar es buscada, luego encontrada y finalmente llevada.

Después, el evangelista imagina un episodio festivo: una fiesta con amigos y vecinos por la recuperación de la oveja. Y lo refleja con la invitación que les hace: «regocijaos conmigo».

En la parábola no hay interés alguno por las noventa y nueve restantes que están en casa, en terreno seguro, junto al pastor. La acción del pastor está justificada por una oveja y ésta perdida. Así, Jesús interpreta su propio comportamiento frente a la murmuración de los escribas y fariseos y justifica su presencia en el mundo. Él, por encargo del Padre, deja el cielo para venir a rescatar a los perdidos³. Entonces, ¿uno sólo vale mucho?

2.2 La moneda perdida (Lc 15, 8-10)

O ¿qué mujer, que tiene diez monedas, si pierde una sola de ellas, no enciende una lámpara y barre su casa y la busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, invita a sus amigas y vecinas diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado la moneda que había perdido. Del mismo modo os digo: Hay la misma alegría entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte.

Lucas se complace en elegir una moneda como ejemplo –una realidad del mundo urbano– después del de la oveja. Como hace en otros lugares, agranda el horizonte de significado; dirigiéndose así tanto a campesinos como a ciudadanos, a ricos como a pobres, a judíos como a griegos, a hombres como a mujeres. Y nos ofrece el valor de lo que se pierde.

La parábola repite la idea de lo valioso que es lo que se pierde, y se diferencia en que la mujer es la responsable de perder la moneda, mientras que el pastor no lo es de la pérdida de la oveja. Otro rasgo diferenciador es que, esa ama de casa es, quizá, más pobre que el dueño del rebaño. Diez dracmas son una posesión más modesta que un rebaño entero: de ahí su interés por hallar la moneda. Aquellas diez dracmas tenían valor para ella y no podemos cuantificarlas, ya que el "dracma" era una moneda de plata, cuyo peso podía variar de una región a otra y de una época a otra. Pero aquella mujer se desespera al perderla y por

³ A finales del siglo IV Ambrosio afirma: La oveja perdida representa a toda la humanidad. Las noventa y nueve se corresponden al innumerable ejército evangélico que no tiene necesidad de arrepentimiento. El pastor, que la lleva sobre sus hombros, es Cristo, cuyos brazos han quedado fijados a la cruz. Los humanos tienen algo de animal (la oveja) y se asemejan también a la dracma: llevan impresa la imagen de su rey (Dios) y forman un capital (la Iglesia).

encontrarla. Y como parece haber luz suficiente, "enciende una lámpara, barre la habitación y la busca cuidadosamente". En esa escena hay una intensidad y un cuidado que no se percibe en la parábola precedente. La moneda es hallada por medio de la vista y el oído; ya que la moneda puede brillar o tintinear. Como cada uno de los perdidos de la historia, que brillan ante la mirada del dueño o Señor⁴. Y, como en el caso anterior, «la busca hasta que la encuentra». El pastor y la mujer no paran hasta encontrar lo perdido. No se cansan, o sí, pero tienen mucha paciencia. Y de paciencia habla el tercer ejemplo que habla ya de personas, de vidas, de abrazos y besos.

2.3 La Parábola del Padre con dos hijos (Lc 15.11-35).

Dijo: «Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo al padre: ‘Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde.’ Y él les repartió la hacienda. Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino.

«Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. Y entrando en sí mismo, dijo: ‘¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros.’ Y, levantándose, partió hacia su padre.

«Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. El hijo le dijo: ‘Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo.’

Pero el padre dijo a sus siervos: ‘Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta,

⁴ Lutero predicó sobre estas parábolas y en su sermón de 1524 dice: Aquí es Cristo quien dibuja su propio retrato. No ha venido a exigir sino a salvar, como lo hicieron el pastor y la mujer. Su venida fue saludada con gozo, puesto que los humanos, perdidos como la oveja y la dracma, no conseguían permanecer en el buen camino y se hundían en las tinieblas. Estas dos parábolas ofrecen, pues, a los seres humanos un verdadero consuelo y deberían ser tan familiares como el pan y el queso.

porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado.´ Y comenzaron la fiesta.

«Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: ´Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.´ El se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. Pero él replicó a su padre: ´Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!´
«Pero él le dijo: ´Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado.»

La figura central de la parábola es la del Padre. Un padre con hijos que no se parecen en nada. Uno, inquieto y alocado, desorientado y un tanto pícaro; el otro, dedicado sólo a la casa y al trabajo, muy laborioso, fiel, obediente, y un tanto frustrado.

Un padre que no consigue "hacer" dos hijos iguales y que no se pueden fabricar en serie. Nos engañamos pensando que conocemos la parábola demasiado bien. No comprendemos el alcance de la Palabra de Dios en nuestra vida, por muchas veces que la hayamos oído. Esa "palabra" se hace nueva cada vez, para cada hijo, para quien quiera escuchar.

Y nosotros, humanos, existimos ante el Padre con nuestro propio rostro, con nuestro nombre y nuestros rasgos. Y cada uno, amado por el Padre como "hijo único"; con valor único, pero distintos. Dios tiene seis mil millones de hijos, y todos distintos.

1. El hijo pequeño.

A. La petición de la herencia.

"El menor de ellos dijo al padre: "Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde". La partición de la herencia, mientras el padre aún estaba vivo se admitía sólo en algunos casos extremos. Un hijo podía pedir a su padre, antes de que muriera, su parte de la herencia. En el caso de tener dos hijos -como en esta parábola-, al hijo menor le correspondía una tercera parte de los bienes; al hijo mayor, el doble. En tiempos de Jesús, una gran parte de los judíos vivían en la diáspora,

muchos padres habían experimentado el drama de ver cómo sus hijos se marchaban. Aún así, era una petición indecente. Aquí, el hijo, invirtiendo el orden natural, manda al padre y, usando sus derechos le pide la parte que le corresponde. Quiere los bienes. El amor no le interesa y elige la huida.

Dice Pronzato que la raíz de pecado está en no dejarse amar⁵: El hijo eligió la nada, el vacío, el fragmento miserable. Pretendió explotar los bienes creados, separándolos de la relación con el dueño o Creador, y así se adueña de su "parte". Y eligió mal. Se quedó con la posibilidad de ser esclavo, poniéndose al servicio de los placeres más excesivos, de los instintos más bastos, hasta permitir que se convirtieran en los tiranos más despiadados.

Una de las preguntas más recurrentes es la de ¿por qué se marchó? Todo son conjeturas, pero no es descabellado pensar que, en la casa del padre, se ahogaba. Había perdido su autonomía y se sentía obligado a moverse en espacios cada vez más restringidos. Los campos no le bastan, ni los bueyes, ni la casa.

Cuando alguien se va lejos, la culpa es también de quienes han hecho insoportable el ambiente de la casa. Nos vamos cuando nos encerramos en nosotros y en nuestras necesidades, perseguimos nuestra seguridad, percibimos la comunidad como amenaza de nuestra libertad. También cuando queremos que prevalezca nuestro criterio y manden nuestras frustraciones. En el fondo, cuando queremos seguir siendo niños.

Quizá sea necesario que se marchara para no caer en un cristianismo moralista sin alegría, mantenido sobre una fe sin valentía, una obediencia sin creatividad, y que da lugar a relaciones formales e hipócritas.

B. La libertad humana.

"Y el padre les repartió la hacienda..." No hubo voces, ni gritos, sino un silencio respetuoso por parte del Padre ante la libertad de su hijo. Él no puede cambiar la elección y le ama respetándole con el silencio.

"Pocos días después, el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano, donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino" Todo sucede rápidamente en pocos días. El hijo tenía prisa para

⁵ Cf. PRONZATO, A., *El abrazo del padre*, Sal Terrae, Santander 1999.

convertir las tierras en monedas. La misma prisa irreflexiva que le hace quedarse sin blanca; quedarse sin nada y perderse a sí mismo.

En nuestras manos, los dones más bellos se degradan, se corrompen, el jardín se torna un árido e inmundo desierto porque no comprendemos el valor del don. La parábola no precisa cuál fue el país lejano, el mundo de sus sueños. Pero lejos, lejos de Dios... y ahí se fraguó su pecado: huyendo de la casa paterna, alejándose de su propio ser de hijo, errando en el blanco de la propia vida. Y es que su pecado fue minusvalorar la herencia y el amor del padre.

C. El viaje más largo.

"Cuando se lo había gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos".

Lo que parecía un camino triunfal de liberación se ha convertido en un éxodo al revés. El "país lejano", la tierra prometida se vuelve tierra de esclavitud. Una vez gastado todo, se queda a la intemperie; sin recuerdos ni recursos del hijo mimado que fue y sin apoyaturas. Los alegres compañeros de juerga, con los que se malgastaba el dinero se eclipsan, y él se queda solo y experimenta la condición de extranjero. El único trabajo que encuentra es de porquerizo. Se ve arrojado al peldaño más bajo de la jerarquía de los siervos y al oficio más despreciado por los judíos⁶. La música y las danzas son sustituidas por el gruñido de los cerdos.

"Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba".

Ha llegado a tal grado de degradación que disputa la comida a los cerdos. Las algarrobas, que se utilizan como forraje para los animales, se convierten en su tesoro. Y ahí se derrumba, solo, sin recursos y repudiado.

"Y entrando en sí mismo..."

⁶ Debido a la relación con animales considerados "impuros". *"Maldito quien cría cerdos"* (Cf. *Babá qammá* 82, b). Cf. *Ibíd.*, p. 81.

El hambre y la soledad le llevan ahora a "entrar en sí mismo". Ir de fuera hacia dentro es el viaje más largo que ese pródigo ha de realizar: reconocer sus errores.

¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre!

Reacciona por hambre. Se compara con los jornaleros de su padre por lo que perciben por su trabajo. Él se ha abandonado y ya no se reconoce como hijo -quizá nunca lo hizo- y sitúa su relación con su padre como la que establece un siervo con su amo. En el camino de vuelta que ha de desandar los pasos que dio para irse. ¿Cuáles son esos pasos?

1º.- Primer momento de la reconciliación: ¡HE PECADO!

Se hace necesario un acto de desgarradora sinceridad consigo mismo: "he pecado". El hecho de tenerlo todo, de permitirse todo, es lo que - muchas veces- oculta aquello que me falta. "*Estaba muerto*" es el diagnóstico que hará el padre a propósito de aquella experiencia. Y él revive por el pan, pero llega a confesar que: Ha malgastado, está hundido y ha de saciar su hambre.

Este primer paso es necesario pero no suficiente: se come su orgullo por hambre. Aún no hay conversión. El hambre "es muy mala" pero se convierte en incentivo para el cambio. La pregunta que nos surge es ¿es posible el cambio en quien no tiene hambre y sed? ¿se puede sobrevivir mucho tiempo en esas condiciones? ¡Cuántos se quedan entre cerdos porque tienen qué llevarse a la boca! Al menos el pródigo, sintiendo un pinchazo en la barriga deja la queja y la amargura y se pone en camino.

"Y levantándose, partió hacia su padre..." Le impulsa el deseo de subir a la superficie y abandonar aquel abismo. Dejar atrás el orgullo es una ascesis realizada por múltiples motivos y, no todos cristianos: necesidad, completitud, ansia de pureza, santidad... pero, al menos se mueve, se levanta, cambia de situación y no se deja morir.

El mediocre no se permite la posibilidad de saltar hacia lo alto, hacia el aire abierto, hacia la santidad. El pecador puede nacer de nuevo porque aún no ha nacido a la vida de la gracia. El mediocre no. El mediocre ha nacido mal, ha nacido equivocado, es un aborto de la vida, un fracaso para él y para Dios. No es extraño la vehemencia con la que Dios recrimina a los mediocres, a los grises, a los que nunca deciden: "*Yo*

conozco tus obras, no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio te vomitaré de mi boca. Porque dices: "De nada tengo necesidad; no sabes que eres un miserable y digno de lástima, y pobre, ciego y desnudo..." (Apocalipsis 3, 15-16)

2. El padre paciente.

A. La espera y el sufrimiento⁷.

El corazón de Dios no soporta perder de vista a uno solo de sus hijos. El nuestro tampoco, si es que estamos hechos a su imagen. De ahí que Dios salga por los caminos a buscarlos. Tal y como ha hecho tantas veces con nosotros, cuando hemos estado perdidos y nos ha recuperado a través de nuestros padres, hermanos, amigos y maestros.

Por eso, sabemos que el corazón de Dios es misericordioso: se duele de nuestro sufrimiento y se alegra al vernos salir adelante. Aunque para ello tenga que dejar al resto donde están y salir a buscarnos. Porque para Él no debe perderse ni uno de nosotros. Y al encontrarnos se echa a nuestro cuello, nos pone el anillo de hijos y celebra, por nosotros, una fiesta (Cf. Lc 15, 32).

La misericordia divina no es, en absoluto, un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios... en el Antiguo Testamento... ser misericordioso se constata... por encima del castigo y la destrucción... Así pues, la misericordia no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor... como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo... se trata... de un amor "visceral".

La misericordia hace que el padre viva a la espera y sufra la distancia del hijo. Su amor paciente será siempre más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite a su perdón.

B. La acogida y la alegría.

¿Qué le falta al horizonte de aquel hijo? La figura del padre. De repente, aparece con toda nitidez y decide ir hacia el horizonte, hacia ese padre para decirle que pecó, que se equivocó con Dio y con él. Y comenzó a caminar para acortar la distancia y su horizonte.

⁷ Papa Francisco, *Misericordiae Vultus*, Madrid, San Pablo 2015, pp. 2-6.

"Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente".

Lo vio antes con el corazón que con los ojos. Vio única y exclusivamente a su hijo. Para el padre ha desaparecido el horizonte y la distancia que los separaba. Y "conmovido" sintió un vuelco en sus entrañas de madre y "corrió a su encuentro"; se precipita, no consigue enmascarar, sus sentimientos, corre, se lanza hacia su hijo. "¡Está loco!", debieron de exclamar sus siervos. "¡Está loco!", debió pensar el hijo al ver cómo caía sobre él, con tanto ímpetu, su padre.

El padre no se quedó en casa. Así como Dios deja la seguridad de la casa para lanzarse hacia aquel que se ha apartado. El amor se anticipa siempre, toma constantemente la iniciativa, no se encierra en una espera enojada: *"El amor es paciente, es bondadoso, no tiene envidia, no es arrogante; no es egoísta, no se irrita, lleva cuentas del mal"* (1ª Corintios 13, 4). Y así, el padre salió a su encuentro. Desde entonces, la casa del Padre se encuentra en los caminos. Y si la Iglesia se reconoce como casa paterna, ha de estar siempre dispuesta a salir y a no quedarse enferma y marchita esperando pasivamente. Es necesario hacer conscientes a nuestros contemporáneos que la casa de Dios está situada donde está el corazón del Padre. Y que volver a la Iglesia puede ser volver al corazón de Dios.

El padre se confía al lenguaje de los besos; besos repetidos. El verbo empleado significa "besar con ternura", acariciar. Parece que el Padre, en lugar de decir al Hijo, "te perdono", le dice "Gracias". Dios siempre nos acoge de esa manera. Hemos de revisar cómo explicamos la ternura de Dios al acoger a cada uno de los perdidos que regresan. Y nunca disimular u ocultar los abrazos y los besos que se destinan a sus hijos.

No basta con predicar la conversión. Hay que preparar el regreso, asegurarse de que la casa resulte acogedora y que sobre la mesa haya frutos de amor, confianza y respeto,... que hagan olvidar las algarobas.

"Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". En este momento el hijo empezó a pronunciar palabras preparadas con anterioridad. Sin embargo, sólo ahora las siente de verdad, las dice sinceramente, tras los abrazos y los besos. Sólo ahora el hijo está convertido. Esta es la conversión verdadera: el reconocerse frente al amor y no ante un código normativo. El dejar de llorar por mis desgracias, para hacerlo por obviar un amor muy grande.

Al pródigo le salvó su pecado. El pródigo descubre y declara la desproporción que lleva dentro. Una desproporción entre aquello en lo que se ha convertido y aquello que debería ser, entre su hambre y las bellotas, entre la condición de porquerizo y la de hijo. En el momento en el que descubre que ha sido hecho para otra cosa y grita desempolva su dignidad. Descubre que es pobre de Padre, de libertad, de dignidad, de amor; esto es lo que le sanó radicalmente. Pensemos pues si el hombre vale más por lo que le falta que por lo que tiene.

Lo único que puede liberar a un hombre es tomar conciencia de que Dios lo considera siempre como hijo suyo, en medio de la mayor miseria.

2º Momento de la reconciliación: Dejarse abrazar.

Vamos descubriendo el proceso de conversión del hijo. Pero ¿y el tuyo? Convertirse significa ponerlo todo del revés en la propia vida para que Dios sea el centro y nos centre en Él. El esfuerzo esencial por parte del hombre consiste en "dejarse reconciliar" por Dios. Dios nos pide, a través del ministerio de la penitencia confiado a la Iglesia, que le permitamos que nos perdone. La transformación tiene que suceder "dentro". O cambia el corazón o todo sigue como antes, o cambia la vida o seguimos pactando la herencia.

Para muchos cristianos la conversión representa un fenómeno excepcional. No sospechan que la conversión representa un *deber habitual* que se inscribe en la esfera de la vida cotidiana. Se trata de llegar a ser cristiano. Se llega a ser fraile o monja, ninguno alcanza establemente esa meta. Y para "llegar a ser" hay que *convertirse todos los días*. Y un esfuerzo fatigoso y doloroso del que, instintivamente, tendemos a escabullirnos, por lo que nunca estamos donde tendríamos que estar.

C. La nueva dignidad

Pero el padre dijo a sus siervos: Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta...

El Padre no le deja hablar. El hijo pensaba que tenía que conmovérselo con sus palabras y, por esta razón, había preparado un hermoso

discurso. Pero el Padre interrumpe la confesión de su hijo. No le interesan tanto sus palabras como su presencia.

La sorpresa más grande e imprevisible es que su padre no puede sobrellevar su lejanía (¡Daos prisa!). Aquel hombre se sintió padre al encontrar a quién "estaba perdido". Este padre no tiene reservado el castigo, ni tampoco un reproche, sino el abrazo, el beso y la fiesta.

3^{er} momento de la reconciliación: Dejarse vestir.

No es exacto decir que llevamos ante Dios nuestros pecados. No. Le llevamos nuestra presencia, la posibilidad de ser un Padre "enriquecido" por un hijo. Cuando el pródigo que regresa trata de enumerar sus villanías, su padre ni siquiera lo escucha. No es eso lo que le interesa. Lo que le importa es que su hijo entre "como hijo" en casa y le restituye en su dignidad.

- La ropa reservada para el huésped era algo excepcional.

- El anillo era un signo de nobleza, de poder y de autoridad.

- Las sandalias en los pies eran un lujo. En contraste con los huéspedes que, al entrar en una casa, se quitaban el calzado, el pródigo lo recibe. Parece como si al caminar con los pies calzados sobre un terreno o en una casa significara una toma de posesión de ella.

- El novillo cebado, reservado para las grandes ocasiones, se sacrifica. Un animal demasiado grande para una simple fiesta. Da la sensación de que el Padre, en lugar de esconder vergonzosamente, al hijo recuperado, lo exhibe a todo el mundo; a mucha gente. El pródigo ha recuperado el estatus de hijo, y es preciso que todos lo sepan.

Ser tocados por la gracia no significa simplemente hacer progresos de orden moral contra determinados defectos particulares o ciertas conductas. La gracia no viene cuando tratamos de apropiárnosla, nos toca cuando nos hallamos angustiados, cuando caminamos por el valle sombrío de una vida vacía y desprovista de sentido, cuando hemos arruinado otra vida, cuando nuestra debilidad, nuestra hostilidad, nuestra falta de rectitud y nuestro comportamiento se nos han hecho insostenibles, cuando -año tras año- nuestro deseo de una vida perfecta no se ve satisfecho, cuando nuestras tensiones siguen esclavizándonos, cuando la desesperación destruye toda alegría y todo ánimo. Y en tal caso, hay que agradecerla y continuar hacia adelante⁸.

⁸ "Tú eres aceptado por alguien más grande que tú y cuyo nombre no conoces. No preguntes cuál es ese nombre; tal vez lo descubras más tarde. No trates de hacer nada;

El sacramento de la Penitencia nos devuelve la dignidad.

La ruptura con su padre, significaba muerte. Por esta razón, la fiesta que se organiza quiere celebrar la resurrección del hijo, más que su regreso. Los fariseos y los escribas sólo conseguían ver la indignidad del hijo. Jesús, simplemente, quiere ilustrar el amor infinito de aquel padre.

Dios nos invita a todos a su banquete, así como Jesús, invita a sus adversarios a la fiesta de la salvación, de la liberación, de la igualdad. Si el pecador es tratado de este modo, ¿de qué sirve ser justo? El Padre escucha las razones del hijo mayor y las refuta: en este diálogo se detiene el autor de la parábola, tal vez para recordarnos que a veces la conversión del justo es más difícil que la del pecador. Y trata de hacer a los justos comprender tres cosas:

1.- Que no se le ha quitado nada de lo que le corresponde: "Todo lo mío es tuyo".

2.- Que ha podido gozar de la seguridad de estar con él: " Tú siempre estás conmigo".

3.- El hijo que ha regresado no es un extraño: "Tu hermano".

Lo que a nosotros podría parecernos una pérdida irrelevante, casi ventajosa para la tranquilidad de la casa, provoca en su corazón una herida dolorosísima que sólo puede sanar con la recuperación de aquel miserable tesoro. El hombre puede cansarse de ser hijo y de comportarse como hijo. Pero Dios no se cansa de ser Padre.

Cuando vamos a confesarnos, deberíamos recordar que recibimos un don desmesurado por parte de Dios. Deberíamos restituir a Dios algo de lo que le habíamos privado: nuestra comunión con él.

Viviendo del convencimiento de ser amados, podemos superar las opresivas exigencias que nosotros mismos nos imponemos, como nuestra constancia. Una fe auténtica libera el corazón, abre lo que Pablo describe como el "fruto del Espíritu": "*en cambio, el fruto del*

tal vez lo hagas mucho más adelante. Acepta el hecho de que eres aceptado. Cuando esto nos ocurre todo queda transformado, la gracia triunfa sobre el pecado, no se pide más que la aceptación" (P. Tillich). Citado en, Aleixandre, D., *Compañeros en el camino*, Sal Terrae, Santander 1995. p. 81.

"Tú eres aceptado por alguien más grande que tú y cuyo nombre no conoces. No preguntes cuál es ese nombre; tal vez lo descubras más tarde. No trates de hacer nada; tal vez lo hagas mucho más adelante. Acepta el hecho de que eres aceptado. Cuando esto nos ocurre todo queda transformado, la gracia triunfa sobre el pecado, no se pide más que la aceptación" (P. Tillich). *Ibíd.*, p. 81.

Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, bondad, afabilidad, mansedumbre, dominio de sí...” (Gal 5, 22-24).

Según San Bernardo, el más alto grado de puro amor lo alcanzamos cuando logramos amarnos a nosotros mismos en Dios y por Dios. Sólo así nos amamos tal como somos, porque la fe nos ha convencido de que así es como Dios nos ama. Si realmente nos sabemos amados por Dios, tarde o temprano llegaremos a corresponderle. Tal fe observará los más mínimos detalles de los mandamientos, no para granjearse el amor de Dios, sino como fruto de una paz interior.

3. El Hijo mayor.

«Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Él le dijo: ‘Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano.’ El se irritó y no quería entrar.

A. La exigencia y envidia.

Desde el principio sabíamos que existía otro hermano pues aquel hombre "tenía dos hijos", pero hasta ahora su figura había permanecido en la sombra. Su historia comienza con el perdón del hermano pequeño. Todo lo que se le perdona se le clava en el corazón envidiosamente.

Cuando está cerca de la casa y se ve sorprendido por el sonido de la música, pregunta a un criado, y éste le informa.

"Montó en cólera"; es decir, se enfurece. Rabia, celos e indignación que estallará contra el rostro del padre. Él se sentía ya el dueño indiscutible, el único heredero legítimo. Su decepción tuvo que estar determinada también por el orgullo herido: su padre tendría que haberle pedido su parecer. Piensa sólo en sí mismo.

"Salió su padre y le rogaba..."

Esta fue la opción de aquel hombre. En lugar de hacer valer su autoridad prefiere apelar al corazón del hijo mayor y suplicarles que entrara, participara de la fiesta, que compartiera su alegría. Es de suponer que ésta no era la primera vez que había ocurrido algo así y se había quedado clavado en el umbral de la casa. Su actitud demuestra

que siempre ha estado sin llegar a entrar en la casa, en el corazón del padre.

El hermano mayor no sólo no entra, sino que intenta que no haya fiesta y que no entre el padre. Tal vez los alejados más irrecuperables sean los que están en la iglesia, los que se detienen en el umbral y obstaculizan la entrada a la casa. Los que se niegan, indignados, a abandonar los rígidos esquemas de un comportamiento formal para "entrar" en la lógica de la locura de la misericordia.

El hijo mayor no se había alejado, había estado siempre "distante". Se queda en el umbral lo que equivale a hacer apología de sí mismo, más que celebrar las maravillas del Padre. Se nota en sus palabras, en lo que vomita y dice al padre.

B. El cumplimiento y la alergia a la fiesta.

"Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya..."

El hijo entona un mea culpa al revés:

- 1°. Inicia un recuento de sus méritos y virtudes destacando su servicio prestado, sin amor.
- 2°. Después pasa a las reivindicaciones, las frustraciones y de los deseos reprimidos estalla.
- 3°. Luego manifiesta todo el desprecio que siente hacia su hermano, con el que ha roto toda relación ("ese hijo tuyo"), pero también con su padre al que crítica y acusa veladamente de premiar el vicio e ignorar la virtud.

Conclusión: Los resentimientos del hijo mayor le impiden pasar a otro plano.

"El padre le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era necesario..."

"Estar con" indica una comunión de amor, una consonancia de sentimientos y expresa toda la ternura de un padre con el hijo de sus entrañas.

"Todo lo mío es tuyo..."

El padre, ha conservado la propiedad de los bienes, y el mayor, sólo heredará estos bienes cuando el padre muera. Ahora bien, como vive con él, en la práctica dispone ya de ellos. Percibimos que el padre y el hijo se expresan con lenguajes contrarios. El hijo usa un lenguaje de la

ley, del castigo, de la dureza, del rigor inflexible, de la justicia distributiva. El padre se sitúa en la perspectiva de la gratuidad, de la misericordia, de la ternura, de la comensalidad.

El hijo mayor pertenece a la misma ralea que el fariseo. *"Ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas..."* Y no cae en la cuenta de que el primer dilapidador es precisamente él. Se ha creado un mundo a la medida de su mediocridad y mezquindad, se ha transformado en un hombre envejecido precozmente. Nunca ha sido joven. Ha despilfarrado la esperanza, la frescura de la juventud.

No cae en la cuenta de que también él tendría que pedir perdón por la obediencia sin alegría, el trabajo interesado, la atmósfera gélida, por la alergia a la fiesta. Hasta ahora se ha limitado a no irse. Nunca se ha decidido a entrar en casa realmente, porque le da miedo la posibilidad de "hacer suyo" el corazón del padre, la locura de su amor sin medida. Ser cómplice de un padre pródigo.

"Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!"

El padre es padre de dos hijos, amados por igual y tiernamente. A la expresión "ese hijo tuyo" del hermano mayor responde con "ese hermano tuyo". Si uno de los dos se niega a amar al otro, quiere decir que, repudia el amor paterno, que lo rechaza. Y no sólo falta de amor, sino abismo entre él y su degenerado hermano y el padre.

El mayor no se mueve, porque piensa que ya está en el lugar debido. No ha cometido faltas graves, pero no tiene amor porque su justicia le ha amargado. Necesita obtener seguridad en los horarios, en la actividad repetida, en la obediencia gravosa.

El hijo impecable rechaza al pecador y se lo endilga al padre: "ese hijo tuyo". A su vez el padre se lo entrega de nuevo: "ese hermano tuyo". Si el hijo se separa del hermano se queda sin padre. Si en la iglesia sólo estamos dispuestos a conceder nuestro amor a los que se lo merecen es que aún no hemos aprendido a conjugar el verbo amar.

El mayor tenía algo a su favor bajo la voz "haber": un cabrito para una cena con los amigos. Su padre le debía un cabrito. Sólo así cuadraría el balance. Y la ocasión propicia se presentó cuando organizó la fiesta para su hermano desvergonzado. Hasta aquel momento, las cuentas

eran suficientemente exactas. Pero ahora ya no es así, y el mayor entra en crisis.

La causa la marcha del hermano pequeño.

Es significativo que el hijo, en el "país lejano", se sienta sobrecogido por el recuerdo nostálgico del padre -e incluso de los siervos-, pero no haga ni la mínima referencia a su hermano. El hermano mayor seguía siendo para él, simplemente, una pesadilla. Fue probablemente su honestidad fría y legalista la que hizo que el hermano menor se decidiera a saltar la valla de la casa. Pretendió someter a su hermano menor a grandes dosis de moralina. Redujo la pertenencia a la casa del padre a una cuestión de reglamento, leyes, horarios, deberes y prohibiciones.

El pródigo no encontró en el hermano la repuesta a sus verdaderos problemas. Le tocó escuchar el mismo sermón de siempre, repetido hasta la saciedad e insoportable. Y entonces decidió actuar por su cuenta y se marchó, sin volver siquiera la vista atrás. Y el pródigo tuvo que comenzar a sospechar que el pecado no era tan malo como lo pintaba aquel retrógrado. Y si no hubiese intervenido intempestivamente el padre, el mayor habría detenido al hermano que regresaba de su desdichada aventura sometiéndolo a una especie de lavado de cerebro.

Hay comportamientos virtuosos, fríos, amargos, legalistas, mezquinos, que atraen casi irresistiblemente hacia el pecado. Los peores enemigos de la religión no son los que la combaten abiertamente. Son los grupos compactos de hijos mayores que la envilecen, la deforman, la reducen a moralismo ácido y mezquino, la enjaulan en una árida ortodoxia.

La parábola fue relatada a unas gentes que se asemejaban al hijo mayor, es decir, gentes que se escandalizaban del evangelio y que necesitan sentir cómo se les hiere la conciencia. Los fariseos están siempre cerca de Dios, se saben de memoria su ley, le dirigen su oración, pero no lo conocen y no comprenden nada. Lo que está a punto de suceder es la gran fiesta de los pobres. No obstante, la fiesta no excluye al hijo mayor (fariseos y clases acomodada). Pero es más fácil que un camello paso por el ojo de una aguja que, un privilegiado se alegre por la abolición de todo privilegio.

C. El corazón de fiesta.

"Regocijaos conmigo, porque he encontrado a mi oveja... -moneda-perdida. Os digo que de igual modo habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse".

La conversión y el perdón desembocan en un ambiente festivo. Es importante que todos se sientan implicados en esta fiesta.

El padre ha preparado el novillo cebado, el anillo, la túnica lujosa, las sandalias y las invitaciones. Pero no ha podido proporcionar la acogida del hermano mayor. Ésta no está en su poder. El padre respetó la decisión del menor y ahora no pretende forzar la libertad del mayor plantado en el umbral de la casa.

"Jamás dejé de cumplir una orden tuya".

Todas menos una: la fiesta. Porque requiere humanidad. Nos lleva a reconocer que no nos basta con cumplir todos los mandamientos de Dios y las leyes de la Iglesia, la Regla o las Constituciones. Hay que llegar a vivir la comunidad como un lugar de fiesta como un deseo del Señor. *"...convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado".*

La virtud tiene que ir unida a la vida, la fraternidad, la amistad, la sonrisa, la acogida del más débil, la alegría y eso exige un cambio de perspectiva, de vida y de sensibilidad. Exige la conversión de cada hermano al corazón del Padre.

4. La conversión de los hijos.

La situación de los dos hijos era muy diferente. Ambos cometieron el error de relacionarse con el padre como si de un amo se tratara: *"Trátame como a un de tus jornaleros"* -le dice el menor-, *"hace tantos años que te sirvo"* -le dice el mayor-.

A. Restauración de las relaciones.

El Padre es el que da unidad a la aventura de ambos hijos; su amor incontenible lo empuja a correr al encuentro del hijo menor e invitar al mayor a dejar a un lado su justicia y a celebrar juntos la fiesta. El amor de Dios -como perdón- triunfa sobre el pasado del hombre y busca el encuentro festivo de los hermanos.

De ahí que cada hermano tenga que caer en la cuenta de estar ligado al otro por el padre. Es preciso que ambos hermanos caigan en la cuenta de la necesidad que tienen de crecer; de convertirse.

La carta del hermano mayor⁹.

Cada mañana temprano, me enteré después, salía nuestro padre a buscarte, y tú, mientras tanto, justificando tu regreso. ¡Cuánto tiempo gastado en argumentar acciones, cuánta vida perdida bajo el temor, qué lejos estabas de imaginar lo que él deseaba: tu vuelta! Ni siquiera yo comprendía lo que llegó a sufrir durante tu ausencia. ¡Sabía tan poco de su corazón...! Desde que te fuiste te cerré definitivamente la puerta de casa. Confieso que no me importaba tu situación, tenías lo que te habías buscado.

¡Recuerdo tanto aquel día! Yo volvía del campo cuando oí la música y la alegría. No me lo podía creer, no era justo. Me contaron que fue corriendo hacia ti en cuanto te vio aparecer, con el riesgo de haberse caído, con lo mayor que está ya; que te cubrió de besos, que no te dejó dar explicaciones y que te hizo aparecer hermoso y muy amado a los ojos de todos: el mejor vestido, las sandalias, el anillo... y una fiesta desmedida.

Tú, desbordado por la acogida, sólo sabías llorar, pronunciar su nombre y mirarle a los ojos como nunca lo habías hecho. Creías que te iba a recibir como jornalero y te baña en el gozo del hijo predilecto... ¡Qué poco conocíamos su corazón!

Yo, sin ganas de verte, dolido ante la desmesura, me puse a pedirle cuentas del por qué de tanta dicha. Eras su hijo pero no mi hermano. Hasta el novillo cebado había matado para ti; y yo, viviendo en casa, no había podido disfrutarlo...

Creo que fue entonces cuando empecé a intuir algo: *"Tú siempre estás conmovido y todo lo mío es tuyo -me dijo con lágrimas en los ojos- pero convenía alegrarse... porque ese hermano tuyo estaba perdido y ha sido hallado"*. Y me di cuenta, de pronto, de que yo estaba mucho más perdido de lo que habías estado tú, mucho más muerto que tú; ciego para celebrar tu vida recobrada, con el corazón endurecido por el

⁹ CLIMENT, E., *Apuntes de Ejercicios, en: A solas con Dios*, Bilbao, Mensajero 2011, pp. 179-180.

cumplimiento y embotado por la costumbre, cerrado al asombro y al agradecimiento.

Tú habías malgastado lo suyo, pero yo ni siquiera había sido capaz de reconocer lo que el Padre había hecho por nosotros. Sentí entonces tanta necesidad de dejarme personar, de salir yo también corriendo hacia él y hacia ti... Ahora sé que, incasablemente, días tras días, con una paciencia inagotable y confiada, el Padre aguardaba hasta que queramos volver y ésta es su mayor alegría. El nos espera hasta abrazarnos. ¡Bienvenido a casa! Gracias a tu vuelta también yo he descubierto el corazón del Padre.

B. Las tres hogueras¹⁰

La llegada al terreno fraterno nos hace descubrir lo que cada uno de ellos hubo de quemar, de retirar de su cabeza, de sus manos, de su corazón. Cada uno, por su parte hubo de hacer tres hogueras.

La primera es la de los *malos juicios*. Es un rasgo típico de la psicología humana juzgar y condenar a los otros, sobre todo lo que nos disgusta en nosotros mismos, pero que no nos atrevemos a afrontar: el avaro condena la avaricia, el sensual ve por todas partes pecados de lujuria y nadie es más agudo que el orgulloso desvelando a su alrededor pecados de orgullo. De por sí, el juzgar es una acción neutral, el juicio puede acabar tanto en condena como en absolción y justificación. No es tanto el juicio lo que se debe apartar de nuestro corazón, cuanto el veneno de nuestro juicio, es decir, el rencor, la condena... Ej. El padre juzga como erróneas las conductas de cada uno de sus hijos, pero no emite un juicio de condena. La fuerza del amor cristiano está en eso, en ser capaz de cambiar el signo del juicio en un acto de amor.

La segunda hoguera es la *desestima*. El no estimar lleva irremisiblemente al desprecio de los hermanos. El enemigo del amor se llama: Egoísmo. La ley nueva es tratar a los demás como Dios nos ha tratado a cada uno. Así como el Señor nos ha perdonado, hemos nosotros de perdonar. Tú te debes comparar con Dios y contigo mismo, no con los otros. Debes ocuparte solo de lo que haces a los otros y de cómo aceptas lo que ellos te hacen a ti, el resto es pura distracción

La tercera hoguera se ha de nutrir con nuestras *malas palabras*. Debemos amar también con palabras y con la lengua. Las palabras

¹⁰ Cf. CANTALAMESSA, R. *El Amor Fraternal*, RCC. 2009, en: www.rcc-es.com/recursos/descargaensenanzas

negativas, en la vida comunitaria tienen el poder de hacer que cada uno se encierre en sí mismo y pierde la confianza; enfriando el clima fraterno.

"Malas palabras no salgan de vuestra boca, lo que digáis sea bueno, constructivo" (Ef 4, 29). Esta es la regla de oro que propicia el ayuno. La mala palabra, al principio saldrá de los labios y habrá que retirarla, haciendo silencio. Poco a poco se detendrá -en la punta de la lengua- luego desaparecerá hasta dar paso a la buena palabra. Llegando incluso a pedir excusas, perdón y palabras de reconocimiento después. Si callas, calla por amor. Si hablas, habla por amor. Si corriges, corrige por amor. Si perdonas, perdona por amor. El amor es la única deuda que tenemos.

2.4 Rasgos de las parábolas de la Misericordia.

La misericordia de Dios es el modo responsable de su amor por nosotros y su rostro es el de Jesús (Cf. MV 1). Él desea nuestro bien y nuestra felicidad, y sufre nuestros desconciertos y extravíos. El término "misericordia" habla más del corazón de Dios que de las acciones de los hombres: se alegra al recuperar al hijo perdido porque para Él tiene un valor único. Alegría que quiere compartir y perdón que brota en el encuentro. Así pues, alegría y perdón son dos caras del amor misericordioso del Padre.

Así pues, el gozo de Dios y el perdón, que brota de su corazón, están en el núcleo del Evangelio. Y que, de manera especial, se manifiesta misericordiosamente en el evangelio de Lucas.

Por eso, Jesús no se cansa de decir y mostrar que el Padre perdona de manera gratuita e innecesaria. Dios que es como nosotros porque no lleva cuentas del mal¹¹ y acoge a todos¹². Es un Dios Padre con entrañas de Madres que nos hace anhelar vivir en la bienaventuranza: *"Dichosos los misericordiosos, porque encontrarán misericordia" (Mt 5,7).*

¹¹ Acerca de cuántas veces es necesario perdonar, Jesús responde: *«No te digo siete, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,22).*

¹² Cf. Mateo 18, 21-35. Una parábola en la que Jesús afirma que la misericordia no es sólo el obrar del Padre, sino el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos.

3. Francisco de Asís: Espiritualidad de la Encarnación¹³.

La experiencia de Dios Padre de Francisco de Asís fue pura misericordia, y su respuesta una vida en penitencia. Así lo reconoce él en su testamento.

"El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia de esta manera. Porque, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de ellos, lo que me parecía amargo se me volvió dulzura del alma y del cuerpo. Y después de permanecer un poco, salí del siglo" (Test 1-2).

La espiritualidad que sustenta a la Tercera Orden de Penitencia es la de la Encarnación del Verbo. Francisco remitió una carta -la segunda redacción- a los fieles penitentes. En ella aparecen reflejados las incipientes fraternidades de hombres y de mujeres que viven como los cátaros de su tiempo. Esta 2CtaF, nacida a la sombra del documento pontificio del *Memoriale Propositi*¹⁴, da un estatuto formal a la vida en penitencia y un contenido espiritual como experiencia de misericordia.

La espiritualidad no es otra cosa que el descubrimiento de los modos y maneras en que Jesús, el Hijo de Dios, se relaciona con su Padre, y reconocer en qué nos parecemos a Él en nuestro sentir, pensar y entregarnos. En esta línea de comprensión, Francisco quedó cautivado por la pobreza y desnudez de Cristo por su Encarnación. La espiritualidad de la Encarnación desembocará al final de sus días en una espiritualidad de la Cruz. Hemos de situar la experiencia espiritual recogida en esta carta antes de 1215 (fecha de la primera redacción). Época en la que el joven de Asís predicaba la penitencia como respuesta al anonadamiento de Cristo por nosotros.

Vamos al texto; merece la pena comprobar cómo el descenso del Verbo a nuestra carne se produce en dos momentos distintos de la historia de la humanidad:

¹³ Justificación en: ROMERO, M. *Las Cartas de San Francisco de Asís. Apuntes de Clase*. Palma de Mallorca, Franciscanos TOR., 2013.

¹⁴ Estatuto jurídico emitido para los movimientos penitenciales dado en 1221 por Honorio III con el fin de delimitar la ortodoxia de tales movimientos respecto de la heterodoxia de los cátaros y albigenses.

1°. El primero y necesario fue la entrada del Verbo a nuestra historia (2CtaF 4), tomando la carne de María (2CtaF 5) y asumiendo nuestro morir y nuestra traición (2CtaF 11).

"Este Verbo del Padre, tan digno, tan santo y glorioso, anunciándolo el altísimo Padre del cielo por medio del santo ángel Gabriel, [fue enviado] al seno de la santa y gloriosa Virgen María, y en él recibió la verdadera carne de nuestra humanidad y fragilidad. Y, siendo Él sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza. Y poco antes de la pasión celebró la Pascua con sus discípulos, y, tomando el pan, dio las gracias, pronunció la bendición y lo partió, diciendo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Y, tomando el cáliz, dijo: Esta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por vosotros y por todos, para el perdón de los pecados. A continuación oró al Padre, diciendo: Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz. Y sudó como gruesas gotas de sangre que corrían hasta la tierra. Puso, sin embargo, su voluntad en la voluntad del Padre, diciendo: Padre, hágase tu voluntad; no se haga como yo quiero, sino como quieres tú. Y la voluntad de su Padre fue que su bendito y glorioso Hijo, a quien nos lo entregó y el cual nació por nuestro bien, se ofreciese a sí mismo como sacrificio y hostia, por medio de su propia sangre, en el altar de la cruz; no para sí mismo, por quien todo fue hecho, sino por nuestros pecados, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (2 CtaF 4-13).

Como vemos la vida del Hijo se convierte en ejemplo a seguir para todos aquellos y aquellas que quieran recibirle como Salvador. Da lugar a la Espiritualidad de la Penitencia.

2ª.- El segundo momento es contemporáneo. La segunda Encarnación se produce en aquellos fieles que buscan vivir abiertos al Espíritu de Dios (2CtaF 48-53). Así, cada uno de nosotros puede hacer presente al Hijo en este momento de la historia y dar a luz, a su alrededor, las relaciones que la familia trinitaria establece en su intimidad. Da lugar a la Espiritualidad de la Misericordia.

"Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, se posará el Espíritu del Señor y

hará en ellos habitación y morada. Y serán hijos del Padre celestial, cuyas obras realizan. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo. Somos esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo. Y hermanos somos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo; madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor y por una conciencia pura y sincera; lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros.

La 2CtaF comprende la Salvación a partir del acontecimiento de la Encarnación y amplía la tradición espiritual franciscana, centrada - durante mucho tiempo- en la teología de la Cruz. Para nuestra Orden es preceptiva la experiencia profunda de la Encarnación que vivió Francisco en su conversión y que determinó sus primeros pasos como penitente; y que estará siempre presente en sus escritos.

La espiritualidad de la Encarnación de Cristo se proyecta, en la vida de Francisco en dos dimensiones: la espiritualidad de la misericordia y la de la penitencia.

4. La espiritualidad de la Tercera Orden (Dos modos de la Encarnación).

El compromiso de todo penitente (Cf. 2CtaF 25-47) nace de sentirse amado por Dios (Cf. 2CtaF 4-13). Jesús nos amó y nos dejó en referencia el mandamiento de amarnos con la medida de su amor: con misericordia. Francisco anticipa el compromiso fraterno recordándolo: “..., ¡Oh, cuán dichosos y benditos son los que aman a Dios y obran como dice el Señor mismo en el Evangelio: Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda la mente, y a tu prójimo como a ti mismo!” (v.18)¹⁵. Una cita que tiene su origen en la parábola del buen samaritano ante la pregunta, “¿quién es mi prójimo?”

4.1 Espiritualidad de la Misericordia: El buen samaritano (Lc 10, 25-37)¹⁶.

¹⁵ TEMPERINI, L., “Vivir hoy nuestro carisma penitencial”, *Analecta TOR*, 150 (1991) p. 373.

¹⁶ Reflexión apoyada en: RUEDA, J. M., *El Buen samaritano*, Madrid, CCS, 2000.

“Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?’ Respondió: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo’” (Lucas 10,26-27). Como en la parábola, Francisco une los dos mandamientos de la antigua Ley¹⁷. El mandamiento principal se sitúa tras la descripción del Amor de Dios y antes de exponer el estilo de vida penitencial. La Encarnación del Hijo, en la condición débil de los varones y mujeres de todos los tiempos, es la expresión del amor del Padre que le ha convertido en nuestro prójimo. Desde entonces el amar al prójimo (Cf. 2CtaF 25) es la prueba del amor de Dios (Cf. 2CtaF 19-21).

“Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto” (Lucas 10,30).

Nosotros somos ese hombre medio muerto, tirado a la vera del camino al tomar el Hijo nuestra carne. Llegó, pues, a una situación caída, acentuada por “nuestros pecados” (Cf. 2CtaF 13).

“Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él” (Lucas 10,33-34).

El Hijo al vernos se compadeció de tal manera de nosotros, que *“siendo Él sobremanera rico, quiso, junto con la bienaventurada Virgen, su Madre, escoger en el mundo la pobreza” (2CtaF 5).* Y acercándose se arrodilló y nos tomó entre sus manos y nos trató con piedad. El Verbo del Padre cuidó y atendió nuestro sufrimiento con adoración comprometiendo su existencia en nuestra recuperación¹⁸. Nos curó con aceite y vino, y *“por medio de su propia sangre, en el altar de la cruz” (2CtaF 11).*

¹⁷ Dt 6,5 y Lv 19,18.

¹⁸ La parábola afirma que el samaritano “tuvo compasión” usando un verbo que sólo se dice, en el AT, del mismo Yahveh. En: J. M. RUEDA, *El buen samaritano, o.c.*, pp. 60-73.

“¿Quién te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? El dijo: -El que practicó la misericordia” (Lucas 10,36-37a).

Cristo se ha convertido en nuestro prójimo, recuperándonos de la situación en la que nos encontrábamos¹⁹. A continuación viene la invitación de Jesús: *“Vete y haz tú lo mismo”*. Esta invitación es la que dinamiza la vida de los penitentes franciscanos según la urgencia con la que se nos presente el prójimo. Una invitación a tratar al otro con misericordia y a llevarle como seña identitaria de la Iglesia²⁰.

El orden en la respuesta de Francisco ha sido esta misma: su encuentro con el leproso, le revela el rostro de Dios, con anterioridad al diálogo con el crucificado²¹. Esta experiencia del proceder de Dios, da a Francisco una visión distinta de la función del cristiano en el mundo. Él y todos aquellos que vivan en penitencia deben encarnar, en todos los caminos, al Hijo samaritano.

La Iglesia samaritana²².

La Iglesia es la heredera de la samaritanidad del Hijo. Por eso, ha de hacer suya la misión de hacer presente la Buena nueva para los pobres, la libertad a los cautivos, la luz a los ciegos y proclamar un año de gracia (Cf. Lc 4,18-19) y, a la vez, adorar a Dios en el prójimo.

La invitación a hacer lo mismo que el Hijo, llevó a Francisco a dar un giro en la práctica penitencial -que atesoraban los movimientos pauperísticos-. Así en la 2CtaF la ascesis aparece como un ejercicio

¹⁹ “Más ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo” (Efesios 2,13).

²⁰ Francisco es consciente, de que la urgencia de la ayuda al prójimo, se da en el orden cronológico, porque nuestra historia está imbricada en la de los hermanos que encontramos en el camino: *“¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte? Y el Rey les dirá: -En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”* (Mateo 25, 38-40). Pero la prioridad en el amar, viene dada en el orden ontológico: *“Amemos, pues, a Dios y adorémoslo con puro corazón y mente pura, porque esto es lo que sobre todo desea cuando dice: Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad”* (2CtaF 19).

²¹ Cf., (TC 11. 13).

²² Concepto tomado del profesor Emilio Barcelón, OP, en la exposición eclesiológica del mes de Formación de la Provincia española de la TOR en la Porciúncula (Mallorca), Febrero de 2000.

personal y comunitario, que permite al fiel devolver a Dios su misericordia en los demás.

La tradición de la Tercera Orden Regular de San Francisco nos remite a la práctica de las obras de misericordia en diferentes momentos y lugares a lo largo de la historia²³.

4.2 Espiritualidad penitencial: Un padre con dos hijos (Lc 15, 11-32)²⁴.

La tradición penitencial de la Iglesia ha tomado como apoyo catequético para hablar de la penitencia la parábola del padre que tenía dos hijos ya tratada. Este texto de Lucas ha servido a la pastoral sacramental para describir el proceso de conversión que subyace al sacramentos de la Penitencia o Reconciliación.

La 2CtaF habla explícitamente del sacramento de la Penitencia junto al de la Eucaristía en un sólo verso: “*Debemos también confesar todos nuestros pecados al sacerdote; y recibamos de él el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo*” (2CtaF 22). Sin embargo, toda la carta es una explicitación del proceso penitencial como estilo de vida; más amplio y rico que el momento sacramental.

El escrito de Francisco, ofrece a los penitentes, con los que ha compartido tres años de su vida, un marco integral de reconciliación y un nuevo estilo de vida marcado por el gozo, el agradecimiento y el compromiso, que difiere de las ascesis y ritos de purificación personales.

La Iglesia penitente.

La Iglesia es una fraternidad penitente que vive consciente de la misericordia del Padre y de su pecado. Se podría decir que es una "comunidad publicana" necesitada de la misericordia inmerecida de Dios²⁵. Comunidad pecadora, sin méritos propios, necesitada del abrazo paterno y vinculada a otros hermanos que sufren su misma situación de pecado.

²³ “Algunos otros, ya a partir, sobre todo del s.XIII, se reúnen en fraternidades o grupos más o menos homogéneos, sirviendo a los hospitales, leproserías y dedicándose a obras de caridad en general”. N. SASTRE, *La espiritualidad penitencial en la Iglesia (tesina licenciatura)*, Roma 1978, p. 137.

²⁴ Ideas elaboradas con: R. DU CHARLAT, *La reconciliación, piedra de toque del cristianismo*, Santander, Sal Terrae 1998, pp. 7-32; pp. 49-57.

²⁵ Cf. Lc 18,13-14.

Esta Iglesia fue la que acogió a Francisco de Asís, en la persona del obispo de Asís, y le alentó a vivir en penitencia: “*El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia*” (*Testamento 1*). Será la Carta a todos los Fieles (2 CtaF) la que, hundiendo sus raíces en la experiencia de la misericordia de la Trinidad, se convierta en el marco de acogida de los convertidos. Francisco, desde ese momento, aparece como prototipo de convertido y garante de la acogida eclesial al hijo perdido.

Vistas las dos grandes líneas de espiritualidad de la Encarnación y descritas sus dimensiones de misericordia, pasamos a reconocer sus frutos en la historia.

5. Obras de misericordia corporales y espirituales.

El Capítulo Provincial extraordinario celebrado este verano ha sido el detonante para el presente estudio²⁶. El Papa Francisco ha convocado un año de la Misericordia con la Bula *Misericordiae Vultus* en la que nos dice: Abrid el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales..., curar heridas, aliviarlas,... vendarlas, curarlas con la solidaridad y la debida atención. No caigamos en la indiferencia... Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas, seremos juzgados²⁷.

²⁶ Durante el año jubilar de la misericordia se inicie en cada una de nuestras fraternidades un proyecto de obras de misericordia corporales o se colabore en alguno ya existente que conste en el proyecto comunitario y se evalúe oportunamente. Además, la comisión de formación permanente vele por la elaboración de un material didáctico-pedagógico para mejorar la práctica del Sacramento de la Reconciliación y el acompañamiento espiritual como expresión de las obras de misericordia espirituales. (4ª Propuesta). XXXº CAPITULO PROVINCIAL EXTRAORDINARIO PROVINCIA ESPAÑOLA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN. Santuario Ntra. Sra. de Cura, del 20 de julio al 23 julio del 2015. PROTOCOLO: 21 / 2015.

²⁷ Si dimos de comer y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero (Cf. Mt 25,31-45). ...se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas..., para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos... rencor... si tuvimos paciencia... si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros los reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado (MV 15).

La misericordia ha sido un tema recurrente en este Papa y en cada una de las referencias aterriza en las obras de compromiso real: *"Hoy el Señor nos invita a abrazar nuestra fragilidad como fuente de un gran tesoro... se hace necesario adorar para hacer posible la proximidad que reclaman estos tiempos de crisis, Sólo en la contemplación del misterio de Amor que vence distancias y se hace cercanía, encontraremos la fuerza para no caer en la tentación de pasar de largo, sin detenernos en el camino"*²⁸. Invitación que recogemos con agrado para reflejar la riqueza de nuestro carisma de misericordia en las obras tradicionales de misericordia.

5.1 Las Obras corporales o espirituales²⁹

Las siete obras de misericordia son el gran discurso del juicio final (Cf. Mateo 25, 31-46). A quienes han llevado a cabo estas obras de amor, el evangelio de Mateo los llama "justos". Estos justos no se asombran de haber hecho esas buenas obras por la gente, sino de haber dado de comer y de beber, visitado y vestido a Cristo. Porque *"lo que hacéis con uno de estos mis pequeños, lo hacéis conmigo"*.

Jesús puso el mensaje de la misericordia de Dios en el centro de su predicación. Él trató a la gente de manera misericordiosa y así enseñó a obrar a los que le siguieron. En el discurso de la misión -que viene después de varias curaciones- les dio poder para curar toda enfermedad y toda dolencia (Cf. Mt 10, 1).

El Siete es un número sagrado. Siete son los dones del Espíritu Santo y los sacramentos. Las siete obras corporales son un sacramento del obrar, y las siete espirituales son fruto de la interpretación mística de las corporales. Aunque en el texto de Mateo se enumeran seis, la iglesia primitiva habla de siete añadiendo la de enterrar a los muertos. Es San Agustín, quien distingue entre buenas obras que afectan al cuerpo y buenas obras que atañen al alma. Y en la Edad Media se desarrolla el contenido de las catorce, y del que da fe la urna funeraria -que se conserva en Marburgo- de Santa Isabel de Hungría.

La actitud fundamental de las catorce obras es la de tratar a los demás con la misericordia con la que Dios nos ha tratado a nosotros. Y es que

²⁸ Palabras de Jorge Mario Bergoglio a los catequistas de Buenos Aires en Agosto de 2003, en: *¡Salgan a Buscar corazones!*, Buenos Aires, Ediciones Claretianas 2013, p. 34.

²⁹ Cf. GRÜN, A., *Entrañas de misericordia. Caminos para transformar el mundo*, Santander, SalTerra 2009.

seamos religiosos o no, cada uno es responsable de sí y de su hermano que le reclama. Es la única manera de cambiar el mundo y la historia en lo que Dios quiere.

5.2 ¿Cómo entender hoy las obras de misericordia?

El año 2007, con motivo del octavo centenario del nacimiento de nuestra patrona Santa Isabel, el obispo Joachim Wanke hizo una traducción de las obras de misericordia: Te visito, comparto contigo, te escucho, estás incluido, rezo por ti, hablo bien de ti y camino un rato contigo. Nosotros, durante este curso vamos a trabajar las siete obras corporales.

1. Dar de comer al hambriento: comparto contigo.

Cuando damos de comer a un hambriento, hemos de tratarlo como a un rey y no como a un mendigo molesto. Hemos de hacerle sentir su dignidad regia. Cuando Jesús habla de hambre, no se refiere sólo al estómago que protesta. Con la invitación, "*dadle vosotros de comer*" (Mt 14, 16), nos encomienda la misión de dar de comer y distribuir los recursos con nuestras manos. Por eso decía Santo Tomás de Aquino que "*la justicia sin compasión es crueldad*". Esta obra de misericordia supone, primero, dar gracias a Dios por lo que tenemos y darlo a los demás multiplicado (Cf. Mt 14, 13-21).

2. Dar de beber al sediento: comparto contigo.

Asegurar el acceso al agua sana para todos es una tarea política y económica. Pero por mi parte, el que yo invite a otro a un vaso de agua, es un signo de hospitalidad en el que le demuestro mi interés por él.

El evangelio de Juan pone en labios de Jesús en la cruz estas palabras: "*Tengo sed*". Así se cumplió la Escritura pero ningún hombre le dio de beber. "*Cuando Jesús tomó el vinagre dijo: 'Todo está cumplido'. E inclinando la cabeza entregó el Espíritu*" (Jn 19, 30). Es en la cruz donde Jesús prueba y apura hasta la última gota de nuestro odio y nuestro rechazo y así llega su amor a la consumación. ¡Cuántos hermanos mueren de sed, como Cristo, ante nuestra indiferencia!

Sin embargo, para Jesús la sed es imagen de un anhelo más profundo: el de amar. Cuando habla con la samaritana le hace ver la necesidad que tiene de un amor verdadero y la imposibilidad de saciarla sólo con el afecto humano. Esta obra de misericordia supone dar a beber a los sedientos de amor y acercarles a Jesús: el agua viva.

3. Vestir al desnudo: comparto contigo.

Cuentan que San Martín se encontró con un mendigo y rasgó su capa en dos para vestirlo. Él no sabía que ese mendigo era Cristo en persona. Simplemente compartió su vestido porque se le conmovió el corazón. Hoy, hay personas, que dan sus ropas a la parroquia; así cumplen con el mandato de Jesús. Pero el Señor se refiere a otra cosa.

El desnudo no siempre es el pobre. En el paraíso, Adán y Eva estaban desnudos, vivían en armonía con Dios, pero tras el pecado original, se dieron cuenta de que estaban desnudos. Esa vergüenza la conoce quien no puede esconder ante los demás lo íntimo de sí; el que ha sido puesto en evidencia, o se ha desnudado a sí mismo. El desnudo también es aquel que tiene que llevar ropas caras de marca porque le dan confianza en sí mismo. Vestirlos significaría no abochornarles por su desnudez y mostrarles su verdadero valor.

4. Dar posada el peregrino: te acojo.

Israel siempre ha considerado sagrada la hospitalidad. Jesús nace forastero en Belén y vive como extranjero en Egipto; de ahí su cercanía y su respecto por los forasteros. Los discípulos de Emaús, al invitar a un caminante a cenar, reconocen en él -al partir el pan- a Cristo. Acoger a los forasteros ha adquirido hoy una dimensión política.

Debemos preguntarnos en qué medida cumplimos hoy la exigencia de hospitalidad formulada por Jesús. Esta obra de misericordia nos recuerda que cada uno de nosotros tiene oportunidades suficientes para abogar por los forasteros, respetar su dignidad y protegerla cuando no es defendida por nadie. 5. Redimir al cautivo: te visito. *"Estuve en la cárcel y acudisteis a mí"* (Mt 25, 36). Los discípulos de Jesús establecen relación con la cárcel muy poco tiempo después de la muerte y resurrección del Maestro.

Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan que *"el ángel del Señor, por la noche, abrió las puertas de la cárcel, los sacó..."* (Hch 5, 18,20). Un poco después, Pedro está en la cárcel, atado con dos cadenas entre dos soldados. Por la noche le visita un ángel, las puertas se abren y él sale a la calle. Quizá Dios desee enviarnos como ángeles a este o aquel encarcelado para que soltemos sus cadenas. A los presidiarios se les trata como leprosos y quedan estigmatizados para toda la vida. Ninguno de nosotros tenemos garantía alguna de no entrar en conflicto con las leyes y a llegar a ser condenados e ir a la cárcel. La tradición

cristiana ha entendido la quinta obra corporal como liberación de los cautivos: cautivos en el calabozo de la angustia, en la prisión de la depresión, en la de la soledad. Practicar misericordia consiste en no rehuir a quien está en esa situación, tomarlo en serio y no juzgarlo. El incluso visitarlo.

6. Visitar a los enfermos: Te visito y te escucho.

"Visitar" denota nuestro interés por el otro. El Nuevo Testamento habla continuamente de que Jesús cura a los enfermos; unos se acercan a Él y a otros los visita. En esta obra de misericordia se nos dice que, en cada enfermo, visitamos a Cristo enfermo. Por eso, además del gesto de humanidad podemos descubrir el misterio del sufrimiento. En el modo en que una comunidad trata a sus enfermos se pone de manifiesto si está en consonancia o no con esta obra de misericordia. Sólo el Espíritu de Jesús nos hace comprender que el valor de un hijo de Dios, enfermo o sano, está en ser amado por él.

7. Enterrar a los muertos: hablo bien de ti y rezo por ti.

"Enterrar" expresa el respeto y la valoración de la persona. El entierro de Jesús lo organiza José de Arimatea y por eso queda imposibilitado para celebrar la Pascua. Las mujeres deseaban prepararle a Jesús un entierro digno, ungiendo su cadáver, una vez pasado el sábado. Todos ellos hacen algo porque le querían.

Hoy en día, en las grandes ciudades, hay muchísimos entierros anónimos. En esta tendencia se hace visible algo de nuestra inhumanidad. Una manera de vivir hoy la séptima obra de misericordia es la de participar en el entierro de las personas que han significado algo para nosotros, decir cosas bellas, estar presente junto a sus familiares. Y participar de la Eucaristía, porque con ese gesto, afirmamos, que en esa persona, ahora difunta, habitó Cristo mismo y resplandeció algo de su misterio.

5.3 Las obras de Misericordia en la Tercera Orden Franciscana.

Francisco de Asís: Cuidador de leprosos.

El encuentro de San Francisco con el leproso le marcó radicalmente y determinó su servicio a Dios a través del pobre y desahuciado. Su incipiente grupo tuvo como seña de misericordia el cuidar a los leprosos:

"Por ello, no sólo servía él gustosamente a los leprosos, sino que había ordenado a los hermanos de su Orden que, cuando iban por el mundo o se detenían, sirvieran a los leprosos por amor de Cristo, que por nosotros quiso ser tenido por un leproso" (Floreccillas de San Francisco 25, 1).

La tradición de la Tercera Orden Regular de San Francisco, nos habla de la práctica de las obras de misericordia, en diferentes momentos y lugares, a lo largo de la historia. Los penitentes franciscanos (hermanos y hermanas) se extienden por España desde principios del s. XIII a través del camino de Santiago, curando heridos en hospitales improvisados, enterrando muertos abandonados, dando de comer a niños sin recursos y velando enfermos. Será en el s. XIX -tras la desamortización de Mendizábal y la restauración de las órdenes- cuando comiencen a practicar las obras de misericordia espirituales que hoy vivimos: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, perdonar las ofensas y rezar por vivos y difuntos, etc.

Isabel de Hungría: Madre de los pobres³⁰.

El movimiento penitencial generó personajes de la talla de Francisco de Asís e Isabel de Hungría. Varones y mujeres que cambiaron el rostro de la Iglesia y del mundo. Llama la atención su proceso de conversión y su proyección de caridad. Los penitentes en general, e Isabel en especial, no buscaban significarse como amables o tener fama de pobreza o santidad. Fueron encontrados por Cristo y pusieron por obra sus consejos: *"El que quiera ser el primero que sea el último"* y *"quien quiera ser importante que sea el servidor de todos"* (Marcos 9, 35).

³⁰ Isabel nació en 1207. Hija del rey Andrés II de Hungría y su esposa Gertrudis de Merania. En 1221 Isabel se casó con el landgrave Luis de Turingia. Luis fue un aliado del emperador Federico II, al que representó en la Dieta de Cremona en 1226. En esta ocasión, Isabel asumió el control de sus asuntos y construyó un hospital en torno al castillo de Wartburgo. Luis murió el 11 de septiembre de 1227 en Otranto, Italia, cuando se dirigía a Sexta Cruzada mientras Isabel daba a luz a su hija Gertrudis. Isabel renunció a toda herencia y se dedicó a cuidar a los pobres y enfermos como hacía Francisco, el penitente de Asís. Isabel murió en Marburgo, el 17 de noviembre de 1227, cuando contaba sólo 24 años de edad. Fue canonizada por el Papa Gregorio IX en 1235. Su cuerpo se colocó sobre un magnífico altar dorado — que hoy todavía puede visitarse — en la Elisabethkirche. Marburgo se convirtió en el centro de la Orden Teutónica, que adoptó a Santa Isabel como su segunda patrona.

Palabras que resuenan en la historia, cada vez que uno se abre a la misericordia de Dios.

Isabel era princesa de Hungría; noble de cuna y pobre por opción. Hija del Rey Andrés II, fue prometida al conde Luis desde niña. No pudo elegir con quién casarse, en qué lugar vivir, a qué condado alemán servir y, sin embargo, decidió a quién le entregaría su corazón: a un Cristo crucificado, desnudo y aterido en una cruz y a sus pobres. La Encarnación del Hijo en la pobreza (Cf. Flp 2, 6-11), siendo de condición divina y regia, cautivó su espíritu de princesa y la llevó a dejar su corona de oro y anhelar la de espinas.

Pero la historia de Isabel sería la de una noble caritativa -de las que ha habido tantas- si no hubiera escuchado en su interior la invitación del Maestro de Galilea a *"negarse a sí misma, tomar su cruz y seguirle"* (Cf. Lucas 9, 23), si hubiera sucumbido a las intrigas de palacio, a las sospechas de su caridad, la separación de sus tres hijos, la negativa a casarse tras la muerte de Luis y vivir pobremente en un hospital (de los de entonces). Pero no, leyó los acontecimientos como posibilidades para vivir ser samaritana, vivir en penitencia y comprometerse con cada enfermo, pordiosero y necesitado por misericordia.

No sabemos exactamente la vinculación que hubo con Francisco de Asís, pero sí la sintonía con el movimiento penitencial y el acompañamiento del franciscano Conrado de Marburgo.

Isabel, la loca de Dios, descubrió al Hijo de Dios en su Encarnación, le contempló en la cruz y le trató -con bondad y misericordia- en cada hermana, en cada necesitado, al repartir cada trozo de pan.

6. La Penitencia como sacramento (MV 21-22).

Se puede describir de muchas maneras el sacramento de la Penitencia como momento de sanación, de inicio de un proceso de conversión o final del mismo. Pero, en este año de la misericordia, el santo Padre lo ha resituado de una manera muy significativa hablando del confesor.

La bula sitúa al sacerdote en el ámbito penitencial, donde él es un penitente en busca de perdón. Desde esa realidad y esa experiencia de conversión, pide al confesor practicar la misericordia en la ejecución del sacramento; ya que éste excede su capacidad y honestidad y le convierte en signo de un amor divino que perdona y salva, y una iglesia que acoge a los hijos arrepentidos. Así evita la tentación de introducir al penitente en un ámbito judicial y sitúa al sacerdote como continuador de la misión de Jesús que ha venido a salvar y dar la vida.

7. Reflexiones finales.

- El concepto de conversión está bastante deformado en nuestra cultura cristiana. Quizá porque nos hemos empeñado en explicarla desde la sinécdoque de la confesión, reduciéndola a un momento jurídico. La verdadera conversión consiste en mirar, en descubrir quiénes somos, aceptándonos cordialmente. De repente vemos que esa cosa tan pequeña, desordenada e incoherente que es nuestra vida, está penetrada por un misterioso y gran amor, por un "interés" que no está en nosotros, sino en el Padre.

- Un Padre que parece haber fracasado en la educación de sus hijos por no hacerles comprender que les ama. Tenemos que preguntarnos si un verdadero amor no está siempre condenado, en un primer momento al fracaso. Y también, si sirve ser absuelto sacramentalmente, si después no hay acogida verdadera por parte de los hermanos.

- Rembrandt, en su cuadro sobre la parábola del Padre, mostró que la vocación última es ser como el Padre y vivir su divina compasión en la vida cotidiana. Éste es el fin último de nuestra vida espiritual; la paternidad espiritual. En ese cuadro se descubren tres itinerarios hacia la paternidad:

1°. El que transita por el sufrimiento y nos hace reconocer los propios pecados: El tener se acaba porque desperdiciamos los bienes, el valer se deteriora porque pasamos de ser hijos consentidos a cuidadores de cerdos, y el poder se adultera dejándonos tirados y solos. El hombre nuevo, ue ha transitado el camino del sufrimiento, no es un hombre viejo remendado sino un resucitado. En este camino se derraman muchas lágrimas.

2°.- El que lleva a descubrir lo inmerecido del perdón de Dios; surgido de un corazón que no reclama nada para sí. Así es el amor del padre que ha aniquilado ya todo juicio y nos lleva a la verdadera tolerancia. Provoca en nosotros, sus hijos, el descubrimiento de que la verdad es siempre más grande que nosotros y que el hermano -por muy perdido que esté- tiene la suya. Esto no lleva a caer en ningún relativismo, como tampoco a ningún dogmatismo.

3°. El tercer camino no habla de la generosidad de un Padre al que le cambia la vida, cada vez, que le nace un hijo. De ahí su paciencia, su acogida y su abrazo. Virtudes que otorgan a nuestro viaje otro sentido: existimos y alguien nos espera.

- En nuestra pastoral sobre la Penitencia y la Reconciliación hemos de hablar más del corazón del Padre y de lo que encontramos al volver a casa, más de que errores y condenas. Pero también, en nuestra práctica sacramental, permitir que el penitente pueda poner palabra a su sufrimiento sin administrarle rápidamente una medicina. El hombre necesita muchas palabras para decir poco o nada, mientras Dios calla; incluso si uno no desea volver o ser perdonado.

- Tal y como finaliza la *Misericordiae Vultus* (MV 24) nos ponemos al pie de la cruz, junto a María y a Juan; testigos de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús. María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites... y la convierte a ella en Madre de la Iglesia y adre de Misericordia para cada uno de nosotros.

8. Bibliografía

- ALEIXANDRE, D., *Compañeros en el camino. Iconos bíblicos para un itinerario de oración*. Sal Terrae, Santander 1995.
- BERGOGLIO, J. M. *¡Salgan a buscar corazones!* Buenos Aires, CCS 2013.
- CANTALAMESSA, R. *El Amor Fraterno*, www.rcc-es.com/recursos/descargaensenanzas, 2009.
- CLIMENT, E., *Apuntes de Ejercicios*, en: *A solas con Dios*. Bilbao, Mensajero 2011, pp. 179-180.
- FRANCISCO, Papa. *Bula Misericordiae Vultus*, Madrid, San Pablo 2015.
- FRANCISCO, Papa. *La Iglesia de la misericordia*, Madrid. Ed. San Pablo 2014.
- GRÜN, A., *Entrañas de misericordia. Caminos para transformar el mundo*, Santander, SalTerrae 2009.
- GUERRA, J.A. *San Francisco de Asís. Testamento de San Francisco de Asís*, Madrid 1985.
- LAFRANCE, J., *Ora a tu Padre. Guía para una experiencia de oración de diez días*. Narcea, Madrid 2003.
- PRONZATO, A. *El abrazo del padre*, Santander, SalTerrae, 1999.
- ROMERO, M. *Las Cartas de San Francisco de Asís. Apuntes de Clase*. Palma de Mallorca, Franciscanos TOR 2013.
- RUEDA, J. M. *El Buen samaritano*. Madrid, CCS 2000.
- SASTRE, N. *La espiritualidad penitencial en la Iglesia (tesina licenciatura)*, Roma 1978.